

MALVINAS

Memorias de infancias
en tiempos de guerra

Selección y prólogo
María Teresa Andruetto



conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Ministerio de Cultura
Argentina

Autoridades

Presidente de la Nación

Dr. Alberto Fernández

Vicepresidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Cultura de la Nación

Prof. Tristán Bauer

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Presidenta

Lic. María del Carmen Bianchi

Secretaria

María Guadalupe Conde

Vocales

Cdra. Marisa Alfiz

Lic. Adriana Lis Maggio

Daniel Lorente

Elsa Inés Tañski



MALVINAS

Memorias de infancias
en tiempos de guerra

Selección y prólogo
María Teresa Andruetto

Malvinas : memorias de infancias en tiempos de guerra / Isol ... [et al.] ; compilación de María Teresa Andruetto ; Prólogo de María Teresa Andruetto. - 1a ed ilustrada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Comisión Nacional Protectora de Bibliotecas Populares, 2022.
168 p. ; 28x 20 cm. - (Biblioteca Popular)

ISBN 978-987-1696-34-5

1. Literatura Argentina. 2. Guerra de Malvinas. I. Isol II. Andruetto, María Teresa, comp. III. Andruetto, María Teresa, prolog. CDD 997.11

Idea y coordinación general
María Julia Magistratti

Coordinación editorial
Esteban Gutiérrez
Laura Rovito

Diseño y diagramación
Ariana Jenik

Producción
María Celeste Albe

Ilustración de tapa
Isol Misenta

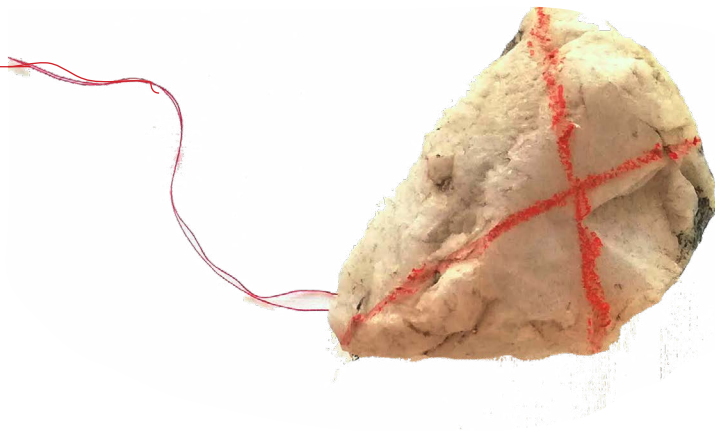
Colaboraron en esta edición:
Marisa Alfiz, Noelia Ale, Paola Molina, Gisela Miliani

Obra Registrada en la Dirección Nacional
de Derechos de Autor Ley 11.723

ISBN: 978-987-1696-34-5

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.





MALVINAS

Memorias de infancias en tiempos de guerra

Selección y prólogo

María Teresa Andruetto

conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Ministerio de Cultura
Argentina

Índice

- Presentación, 11
- Prólogo de María Teresa Andruetto, 14
- Isol Misenta / *Aires del '82*, 18
- Fernanda García Lao / *Niña sin patria*, 20
- Roberta Iannamico / *El cuento de Malvinas*, 28
- María Elina Méndez / *Yo y la guerra*, 32
- Luciano Saracino / *Florenxia*, 34
- Mariano Quirós / *Los vendedores de enciclopedias*, 40
- Matías Trillo / *Pastosa emanación de matadero*, 46
- Ariel Williams / *La noche de los focos*, 48
- Julián Axat / *Chimbote y temerario*, 56
- Poly Bernatene / *Me lo contaron en colores*, 60
- Marcelo Guerrieri / *Es todo cuanto puedo dar*, 62
- Patricia Suárez / *Claridad*, 72
- Cynthia Orensztajn / *Carta a un soldado*, 82
- Alejandra Kamiya / *Cosas que no sé*, 84
- Eduardo Sacheri / *El silencio del pescadero*, 90
- Costhanzo / *Bajo fuego*, 96
- Gustavo Murillo / *Una odisea (el camino más largo)*, 98
- Sergio De Matteo / *Niebla de guerra*, 102
- Nicolás Arispe / *La batalla de Monte Longdon*, 110
- Viviana Ayilef / *El portero de la escuela*, 112
- Silvia Mellado / *Retales*, 118
- Pablo Bernasconi / *Contrapunto*, 124
- Natalia Ferreyra / *Como si acá no hubiera pasado nada*, 126
- Leo Oyola / *Los ojos más lindos de Isidro Casanova*, 132
- Raquel Cané / *Monstruos y titiriteros*, 136
- María Pia López / *La provincia de la infancia*, 138
- Láminas, 145



Marcelo Guerrieri

Nació en Lomas de Zamora (Buenos Aires), 1973. Publicó las novelas *Con esta luna* y *Farmacía*, el libro de cuentos *Árboles de tronco rojo*, *El ciclista serial* y la blognovela *Detective Bonaerense*. Obtuvo el Premio Nuevos Narradores del Centro Cultural Rojas, el Nueva Narrativa Sudaca Border de la editorial Eloísa Cartonera y las becas Formadores y Creación del Fondo Nacional de las Artes. Finalista del Premio Nueva novela Pagina/12 y del Celsius de la Semana Negra de Gijón. Es docente de la Licenciatura en Artes de la Escritura de la Universidad Nacional de las Artes.

Es todo cuanto puedo dar

Viene, me viene esa imagen tuya, de ese nene que eras, parado frente al televisor. Así, desde la neblina que tengo que atravesar en el trabajo de la memoria, veo la tele blanco y negro, grandota, a válvulas, que tardaba un poco en encender y que al apagarla la imagen se perdía en un puntito blanco en el medio de la pantalla como si por ahí se fugara todo lo visto.

Tenés nueve años, eso lo podés asegurar, y que es el año 1982. Matemática pura. Esa resta para saber los años de la gente ya la sabés hacer, ya la aprendiste, y un poco te da orgullo, porque esas son las cosas que sí podés contar, que podés mostrar.

Pero hay una nota en tu cuaderno de comunicaciones y ahí seguro que hiciste mal. Te diste cuenta por el reto y el enojo de la maestra. Porque lo que me viene, de entre esa niebla, es tu sensación de no saber qué se puede o qué no se puede decir y, ante la duda, el silencio es salud, el silencio como estrategia de supervivencia. Sobre todo callar hacia afuera, afuera de la familia está la amenaza, no contar, no decir, mejor callar. Por eso ese miedo en la panza, los labios apretados y las ganas de llorar mientras ves en la tele blanco y negro algún dibujito, alguna serie.

¿Qué estarás mirando? La neblina no me deja ver pero puedo imaginarlo: puede ser El hombre nuclear, ese galán forzudo que corría superrápido y que vos querías imitar en el campo de deportes del colegio; o El increíble Hulk, que se ponía como loco cuando lo molestaban, se transformaba de ese buen tipo que era en una fiera peligrosa: no se metan conmigo, no respondo de mí, decías en chiste y un poco en serio cuando se complicaba la cosa en algún fulbito en el baldío de la calle Italia o en algún poliladron en la vereda; o capaz lo que veías esa tarde era Los invasores: al arquitecto David Vincent lo perseguían unos extraterrestres que querían liquidarlo porque él conocía su secreto: los etés estaban mezclados entre nosotros, eran peligrosos, podía ser tu vecino, podía ser alguien de la escuela, si los matabas se desvanecían, se esfumaban; quiénes son peligrosos y quiénes son amigos, cómo saberlo, por eso mejor callar afuera, por eso mucho cuidadito con lo que decís. Y ahora esta nota en el cuaderno. Por haber dicho algo que no tendrías que haber dicho.

¿Estás llorando? No creo, pero mejor no te hagas tanto problema. No te va a quedar otra que mostrarle la nota a mamá y a papá más tarde y recién ahí vas a enterarte si lo que hiciste estuvo bien o estuvo mal.

Eso que dijiste no está en la nota y seguro te lo van a preguntar. San Martín traicionó a los españoles. Eso dijiste. Fue una idea tuya. Había que dar un ejemplo de la palabra traición y ataste cabos de lo que venías aprendiendo: si San Martín había aprendido a ser militar en España, y después todo eso que había aprendido lo había usado para luchar acá contra los españoles, entonces los había traicionado; y eso dijiste en la clase de Lengua, como ejemplo de la palabra traición, que San Martín había traicionado a los españoles. Y ahora el nudo en la panza que se te hace, bajás la leche con chocolate y las vainillas mientras mirás la tele y aparece esa música, esa marcha como de acto del colegio.

Desde que empezó la guerra aparece cada tanto en medio de lo que estás viendo la marcha de trompetas y tambores y el dibujo de una mano que tiene una antorcha con un fuego como el de las olimpiadas de las que sos fanático; cruzadas sobre la antorcha hay tres cosas: unas alas parecidas a las de tu disfraz de paloma de la paz del acto del colegio, un sable como el que recortaste de la Billiken para la tarea y un ancla como las que construye tu papá en el astillero donde trabaja; y enseguida, sobre la música, una voz que dice que transmite LRA1 Radio Nacional y un montón de cosas que no se terminan nunca, mientras vos estás atento y esperando que digan cuántos aviones ingleses tiramos abajo, cuántos de los náufragos del Belgrano se salvaron, cuántos soldados nuestros echaron a los soldados de ellos; pero la introducción no se acaba nunca y que juntamente con LS82, Argentina Televisora Color, que cadena nacional, que Casa de Gobierno, hasta que por fin la voz hace una pausa y vuelve a escucharse la música que estaba de fondo; sola la marcha se escucha, un segundo, porque enseguida sobre la imagen de la antorcha con las alas, el sable y el ancla viene la frase que anuncia lo importante: Comunicado Número tal o cual y el nudo en la panza ya no es por la nota en tu cuaderno sino porque esperás que esa voz diga que todos vuelven vivos y que ni tu papá ni tus tíos ni tus primos ni los hermanos de tus amigos van a tener que ir a la guerra. Eso esperás que digan: que el Estado Mayor Conjunto comunica que todos los papás y los chicos de la guerra vuelven todos vivos y que se acabó la guerra y que ganamos.

Pero no, lo que dice, lo que entendés de lo que dice en ese lenguaje de palabras raras —teatro de operaciones, Sea Harrier, acciones bélicas—, lo que sacás en limpio es que tiramos nueve aviones pero los ingleses dicen que uno solo, y que hubo diecinueve muertos y treinta y siete heridos; y cuando con el nudo en la panza esperás que digan los nombres de los muertos, para estar seguro de que no está Checho entre

esos diecinueve, cuando querés que el hombre que habla te deje tranquilo con eso, de golpe listo, se acabó, otra vez la música sola y no hay nombres sino que ha transmitido desde Casa de Gobierno y las emisoras continúan con sus respectivos programas y no hubo nombres de los muertos y vos no sabés si entre esos diecinueve estuvo el soldado al que con tu amigo le mandaron una carta y unos chocolates.

Vuelven los dibujitos o Los invasores o el Hombre nuclear pero vos ya no querés ver más nada. Apagás la tele y pedís permiso para ir a buscar a tu amigo, para ir a jugar a la pelota, decís, pero lo que querés saber es si Checho mandó respuesta, si está bien, si tu amigo escuchó los nombres de los muertos.

Vuelve la neblina, y el trabajo de la memoria me trae de vuelta para acá porque tengo que conseguir fotos mías de chico para ilustrar este texto, y hablo con mi mamá para aprovechar que este finde vamos con mi compañera y mi hija para Lomas; y si podés elegir unas fotos de esa época, ma, las vemos, de paso se las muestro a las chicas, y en la sobremesa ese domingo hay una pila de álbumes de fotos.

Por detalles de la casa, de la escena, de la ropa, voy eligiendo las que serían del 82 pero también nos derivamos hacia otras fotos: el casamiento de mamá y papá y esa sonrisa de los dos, ahí en el auto que los lleva a la iglesia, se los ve que confían que lo que soñaron se les va a dar; en otra estamos con mi hermana en una playa, estrenando mi adolescencia de estirón recién pegado; en otra, los cuatro, ya de grandes, en el patio de casa, mi hermana se acaba de recibir y esta es la celebración; en otra estoy disfrazado de conejo para un acto; en otra, la bolsita cuadrillé celeste y los cachetones de mis cinco años; en otra estoy con una pizarra que tiene el dibujo del Increíble Hulk; en otra miro a cámara, sonriendo, la remera de la colonia del club Temperley, el pantaloncito corto un poco manchado.

Algunas cosas le pregunto a mi mamá sobre esa época y recordamos juntos. Tomo nota mental y las dudas sobre los años del colegio: en el ochenta y dos yo iba a cuarto grado, a un colegio del barrio, un colegio inglés, y allá voy con vos otra vez, a las tardes en el campo de deportes, todos los chicos íbamos ahí una tarde entera, una vez por semana, ¿extrañaste todo eso cuando te pasaron a la Escuela 8 al año siguiente?, ¿extrañaste a tus compañeros o estuviste contento con los amigos nuevos y que en vez de doble escolaridad era nomás a la mañana?, ¿por qué te cambiaron?, ¿fue por la plata o la guerra tuvo que ver con todo eso?

Ahí te veo de nuevo, entre la neblina, mientras jugás a la bolita en un recreo, el pantalón azul corto, el pulóver gris, y te pregunto, además, qué pensás de estar en un colegio inglés durante la guerra de Malvinas; y lo que me respondés, desde allá lejos, es que esas son cosas más de grandes y que para vos, el Director, el *Head Master*, un señor de bigotes blancos grandotes tipo manubrio, que los domingos hacía como tu

papá asados en el fondo del colegio, no podía ser el enemigo, como tampoco podían ser el enemigo dos o tres de tus compañeros con apellido inglés; lo que me respondés, desde tus nueve años, mientras embocás en uno de los opis uno de los bolones grandes y sonreís porque le ganaste a Guille su bolita de metal, lo que me decís es que esas preguntas son preguntas de grande, y que lo que más te preocupa es qué van a decir tus papás por la nota en el cuaderno, y si estuviste mal o estuviste bien con lo que dijiste, y si esas son las cosas que no se pueden decir afuera de la casa. También lo que te preocupa es si Checho está bien y si le llegaron los chocolates, y si a tus tíos, a tus primos o a tu papá los van a mandar a la guerra. A tu mamá estás seguro que no, porque te contaron que las mujeres no van a la guerra; tu papá tampoco, porque es más grande, pero vos no te quedás tranquilo porque tu papá construye barcos, es ingeniero, y en la guerra todo el tiempo hablan de barcos que se hunden, y por eso no te quedás tranquilo con tu papá y tampoco con tus tíos ni tus primos, que no los llamaron pero sí están en la edad para ir a la guerra.

Eso es algo que no podés entender, porque cuando empezó todo esto, cuando la gente festejaba y agitaba las banderas argentinas, y ese señor de pelo gris y traje militar anunciaba a los gritos desde el balcón de la Casa Rosada que habíamos recuperado las Malvinas, lo que no podías entender es cómo podía ser que la gente festejara si a sus hijos, a sus hermanos, a sus primos, a sus papás podían llamarlos a la guerra y podían morirse en la guerra.

Vuelvo a las fotos. Elijo la del club, de unos años antes del 82, me gusta por tu sonrisa, la alegría de estar ahí, en ese momento. Es una foto puro presente en la que me mirás desde toda la inocencia y me decís: no te olvides, vos fuiste así de chico, vos fuiste puro presente. Y desde este otro presente, quiero saber más de aquellos años, cosas que aquel chico que fuiste no me puede decir, preguntas que no te hacías porque no son preguntas de chico sino de éste que soy ahora, preguntas de grande.

Con mi vieja ya hablé y a mi viejo ya no le puedo preguntar. Entonces hablo con mi tía, con mi primo, con amigos del barrio, voy a ver una obra de teatro, voy al Museo Malvinas.

A mi tía le pregunto por ese mito familiar, que un pariente nuestro hundió el Sheffield, y que hasta tengo un recuerdo de que en una reunión nos contó la hazaña. La tía me lo confirma: primo directo de la abuela. Pero parece que para lo del relato habré juntado lo que contaron otros parientes sobre el hecho porque me dice que ese señor nunca vino a la casa de los abuelos en Temperley, que vive en La Pampa. Cuando cuelgo, enseguida googleo “hundimiento del Sheffield” y ahí está el apellido de soltera de la abuela en ese aviador que en una hazaña increíble, escapando de

los radares, vuela al ras del mar en un cazabombarderos y hunde al buque de defensa inglés. Después hablo con mi primo. Me cuenta que justo está estacionado frente a su casa familiar, en la que ya no vive desde hace muchos años. Yo era de esa clase, la sesenta y dos, me dice, pero había zafado de hacer la colimba por número bajo. El que estuvo destinado y a punto de embarcar fue mi otro primo, agrega. Iban a subirlo al Belgrano pero algo pasó. Se salvó de casualidad.

Al otro día, la obra de teatro que voy a ver, protagonizada por tres ex combatientes ingleses y tres argentinos, pertenece a un género nuevo para mí: teatro documental. Los mismos protagonistas de un hecho histórico actúan algo sobre ese hecho. Es en una sala del Teatro San Martín y voy con mi compañera. Los dos estamos toda la obra con el corazón en la boca hasta que se vuelven a prender las luces y es tan difícil volver ahí, ir a la pizza obligada en Güerrín, seguir después de esto. Hay uno de los argentinos que cuenta cómo vio morir a uno de sus amigos en la última batalla en Puerto Argentino; otro, actúa su escape en balsa del hundimiento del Belgrano; otro, la vez que sus compañeros volaron por el aire al pisar una mina puesta por el ejército argentino y de la que no les habían avisado. Uno de los ingleses cuenta que le disparó a un soldado porque no entendió que el otro se estaba rindiendo, y cuando se acerca a asistirlo el soldado argentino le habla en inglés, unas pocas palabras, y se muere; otro cuenta de cuando volvió a las islas a despedir a su amigo muerto en la guerra; otro, de cómo un soldado argentino le regaló, cuando empezaron los ensayos de la obra hace pocos años, una billetera que él le había devuelto cuando lo tomó prisionero.

Al Museo Malvinas voy el domingo, al día siguiente del cuarenta aniversario. Está en la ex Esma y esto es lo primero que registro. El medio es el mensaje, decían por ahí. Este emplazamiento, del museo de las islas en el mismo lugar símbolo de los crímenes de lesa humanidad, emparenta desde el vamos aquella guerra con el proceso militar, con el plan Cóndor armado desde Estados Unidos. Lo siguiente que me llama la atención es ese puñado de turba de Malvinas que uno atraviesa al entrar al salón principal; después el lugar merecido que le dan a la historia del gaucho Rivero que, cuando los ingleses usurparon las islas por la fuerza en 1833, se quedó a resistir y organizó una revuelta; después esa gigantografía de una de las fundadoras de las Abuelas de Plaza de Mayo, que en una de sus rondas durante el conflicto bélico muestra un cartel que dice “Las Malvinas son argentinas, los desaparecidos también”; y lo bien que se narran los avances diplomáticos anteriores a la guerra, desde la resolución 2065 de la ONU de Illia a los logros en el segundo gobierno de Perón, y la relación con los malvinenses que estudiaban en secundarios y universidades argentinas.

¿Qué te hubiera llamado la atención a vos de todo esto? De la obra de teatro seguro te hubiera dado mucha gracia cuando uno de los actores se disfraza de mujer o cuando hablan usando esas caretas. Del museo seguro te hubieras fascinado con esa avioneta que cuelga en el medio del salón, ¿qué es ese avión?, hubieras preguntado, y tu mamá o tu papá te habrían contado la hazaña de ese piloto argentino, que en 1964 aterrizó en Malvinas, desplegó la bandera nacional, saludó a los isleños y entregó una proclama de reivindicación de nuestra soberanía. Y como vos seguís sin poder decirme qué pasó con la carta del soldado y las cosas de aquel colegio, hablo con dos amigos del barrio para que me ayuden a recordar.

Primero llamo al que le mandó la carta a Checho, y seguro no te extrañaría que después de cuarenta años sigamos siendo amigos, porque es de esos que cuando dicen que vos sos como su hermano lo dicen de verdad; y en los audios de whatsapp que van y vienen, se me mezcla, me dice mi amigo, mirá, el chabón era de Corrientes, con el club de fútbol íbamos con mi viejo a jugar y en la ruta hacían dedo los soldados, íbamos con los chicos en unos micros y lo levantamos al chabón y yo me puse a hablar y me encariñé con él, y cuando contó que iba a la guerra me puse a llorar, imaginate, yo tendría en el 82 siete, ocho años, y de alguna forma sé que o me dejó el nombre o le dejó el nombre a mi viejo, entonces cuando pedían que les mandemos cosas a los soldados, se lo mandamos a él, yo puse que fueran para él todos los chocolates que hicimos con mi vieja, ¿te acordás que la cocina era chiquitita y había en el medio una columna?, yo me acuerdo que ayudamos a mi mamá a envolver los chocolates que le hicimos, y eso iba acompañado por esa carta; yo me acuerdo que el pibe era de Mercedes, y mirá, te digo y se me hace un nudo en la garganta, y ahí averiguaron y el pibe no volvió, si estuviera mi vieja ella se acordaría más cosas. Y ahora que nos despedimos y todavía me resuenan las palabras, te cuento que al otro día hablo con mi otro amigo por videollamada y nos da alegría vernos aunque sea a través de una pantalla de celular. Durante por lo menos diez años compartí, con él y otros amigos, el fútbol de los sábados. De lo contentos que estamos de charlar después de tanto tiempo vamos de un tema a otro, que venite, me invita, porque se siguen juntando, ahora que la pandemia parece que ya aflojó, a jugar todos los sábados, a tomar una birra después del partido, y entonces yo le hago una pregunta muy puntual, porque a mí lo que me obsesiona es algo que vos me traés de a pedacitos, más que una afirmación es una duda en medio de la neblina; y mi amigo, que es varios años más grande que yo y se acuerda bien, me lo confirma, me dice que sí, que había una seguridad especial de civil en la puerta del colegio, que había un protocolo que a los chicos nos habían enseñado por si alguien entraba a hacer un atentado; y te vuelve al cuerpo el miedo por esa amenaza de que se meta alguien

malo y vuelve aquel nudo que se te hace en la panza por la nota de la maestra, y yo te vuelvo a decir que no tenés que preocuparte, porque vas a ver que, un poco enternecidos por tu ocurrencia, papá y mamá te van a decir que no estuviste mal, que eso de San Martín y los españoles no estuvo mal, sobre todo porque lo pensaste por vos mismo.

Pero aquel domingo en el almuerzo en lo de los abuelos, lo que vos venís pensando por vos mismo es si lo de San Martín no habrá tenido que ver con la guerra, porque lo que le molestó a la maestra es que a los héroes no se les dicen esas cosas, los héroes dan la vida por la patria. Y ahí entonces vos pensás en los héroes de Malvinas, en los soldados que están allá dando la vida por la patria. Sobre todo te vuelve el nudo en la panza ese domingo. Hay un programa en la tele que dura todo el día. Cada tanto mirás un rato: en el almuerzo, en la sobremesa y después a la tarde ya en tu casa.

24 horas por Malvinas se llama el programa y es en directo. La gente lleva cosas suyas, que quieren y que valen mucho, para que las vendan y esa plata la van a usar para comprar cosas y mandárselas a los héroes de Malvinas que están luchando allá en las islas. Por un rato se te va el nudo en la panza porque todavía tenés hasta la noche para contar lo de la nota en el cuaderno, y mirás un rato a ese hombre y a esa mujer que conducen el programa. Los conocés de otros programas de la tele. Son como el papá y la mamá de todos los soldados que están allá y juntan plata para mandarles, para que estén bien, para que no pasen hambre ni frío y toda la gente lleva sus cosas, y yo me pregunto ahora mientras veo aquel programa por Youtube, ¿qué te llama la atención de todo lo que ves?

Habrás prestado atención a la señora que llevó a donar su tapado de piel, último regalo de su marido, tripulante del Belgrano, que se hundió hace ya siete días, y que a esta altura ya todos piensan que está muerto; habrás sentido que eras vos ese nene que tiene tu edad y va con su hermana a llevar las joyas de oro que eran de su abuela; habrás sentido que era como tu abuela esa señora, esa actriz, ahí sentadita, Pierina, le dice la conductora, si no te ve Cacho. La anciana tiene el pelo blanco y habla emocionada: yo vine a traerte esto, es mío, no tiene mucho valor pero es mío, y le entrega a la conductora un tapado, y estos aros, dice, mientras se saca uno, que eran de mi mamá, y eran lo único que me quedaba, los voy a dar, dice la viejita y se saca el otro, tiene los ojos llorosos, pone los aros de oro en manos de la conductora, no puedo dar más, dice, se disculpa, es poco pero de a poquito se hace una montaña, ¿no es cierto?, la voz le tiembla y con el pañuelo se seca las lágrimas, lo doy con todo amor para esos chicos que podrían ser mis nietos, hace silencio la mujer porque hay aplausos de todos los presentes, y cuando los aplausos cesan, ella sigue: les mando mi alma, dice, todas mis oraciones son para ellos, todos los días y todas las noches. Es todo cuanto puedo dar.

Al final, después de la cena, no te quedó otra que contar lo de la nota. ¿Y viste que te dije?, ¿viste que no tenías que hacerte tanto problema? Te vas a dormir más aliviado por eso pero no por Checho, que no mandó carta, y me pregunto qué habrás soñado esa noche, ¿habrás dormido bien?, ¿qué desayunaste a la mañana? La neblina no me deja ver nada de eso y ahora soy yo el que cierra los ojos, y el nudo en la panza y las lágrimas son por todos esos pibes que murieron en la guerra, sólo le pido a Dios, me canta León en la cabeza, que la guerra no me sea indiferente, si quieren venir que vengan, que es un monstruo grande y pisa fuerte, vamos ganando, toda la pobre inocencia de la gente, esos aros, esos regalos, esos recuerdos familiares, ¿realmente pensaron que Estados Unidos nos iba a apoyar a nosotros?, el bandoneón de Piazzola, traidores, el cheque del Diego, asesinos, colimbas muertos de frío contra milicos profesionales, ¿desde cuándo sabían que íbamos a perder?, ese Fondo Patriótico que no llegó a los soldados, ¿alguna vez fuiste a la guerra?, 649 argentinos muertos en Malvinas, ¿mandarías a tu hijo a la guerra? Las Malvinas son argentinas. Es todo cuanto puedo dar.